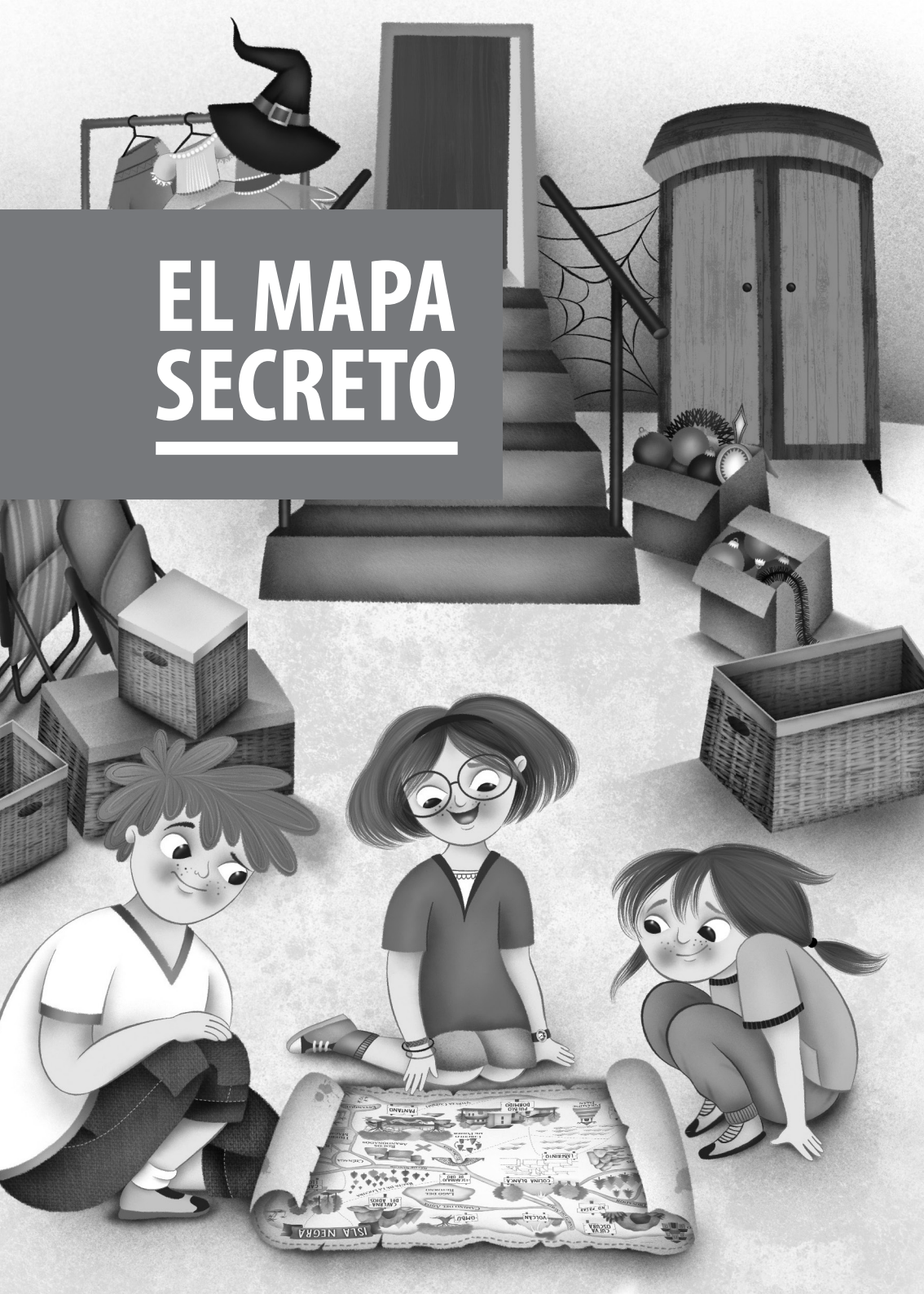


# EL MAPA SECRETO



Había una vez una ciudad de casas bajas, techos altos y terrazas llenas de plantas.

En esa ciudad había un barrio que se llamaba Soleado. Le decían así porque todas las tardes los abuelos y las abuelas del barrio salían a caminar bajo los últimos rayos del sol. En Soleado había una casa y en esa casa una familia como tantas otras. Allí vivían una mamá y sus tres hijos: Ramiro, Mica y Trini.

Ramiro era el más grande, fanático de los dinosaurios; su color preferido era el verde y hasta hoy su sueño era correr como un velociraptor. Mica y Trini eran mellizas, pero muy distintas una de la otra. Mica amaba las historias, los cuentos y las aventuras. ¡Y no sólo las leía, sino que era

muy buena dibujándolas! Trini era alegre y curiosa. Bailaba, cantaba, dibujaba y se reía, siempre se reía.

Había varios días de la semana en que la mamá trabajaba en su casa, cosa que a los chicos les encantaba. Esos días podían jugar por todas partes siempre que no estuvieran corriendo por el living, que se transformaba en “la ofi de mamá”.

El día en que empezó todo, el día en que todo se dio vuelta, fue un jueves. Justo el día preferido de Mica. El jueves venía después del miércoles -eso lo sabía porque los miércoles dormían en casa de papá- y era su día preferido porque hacían videollamada con la abuela que era muy graciosa, un poco despistada y, sobre todo, los quería mucho a los tres.

Como todas las tardes después del colegio, ese jueves se pusieron a jugar y Ramiro propuso una mancha venenosa. No era que le encantara correr. Él solía practicar sonidos de animales frente al espejo y hacía varios días que estaba probando hablar como una serpiente. La mancha venenosa era una excelente oportunidad para decir:

-Zzzzzz zoy la serpiente venenozzzzzaaaaa...  
¡Zi te toco, te enveneno todaaaa!

-¡Corré Trini, que no te toque! -gritó Mica defendiendo a su hermana.

Las niñas corrieron de una habitación a la otra sin chocarse ni una vez el dedo meñique contra el marco de las puertas. Pasaron como un rayo por la pared con las fotos de las vacaciones en la playa, doblaron sigilosas por el pasillo que tenía colgados dibujos de Mica y esperaron allí inmóviles y pegadísimas, casi sin respirar. Esperaron un rato largo sin rastros de su perseguidor. Esperaron otro rato más largo, respiraron y nada...

Al rato escucharon la voz de su hermano, que decía como al pasar:

-¡Ziiiiii, zoy muy venenoza! ¡Lo bien que hazzen en correr! -Ramiro no se había movido de su habitación.

-¡Dale, nene! ¡Nos tenés que correr! -gritó Trini indignada-. ¡Si no, es re-aburrida la mancha!

-¡Mientez! ¡Muajajaj! ¡No caeré en tu trampa! ¡Zoy muy inteligente! -respondió

Ramiro mirándose al espejo satisfecho con su interpretación.

Las mellis sabían que eso podía pasar. Su hermano estaba fascinado haciendo de serpiente y nunca las correría. Sería mejor cambiar de juego.

Trini propuso entonces una escondida. Ella contaría hasta veinte y sus hermanos correrían a esconderse. No había mucho misterio para ella: Ramiro probablemente iría hacia el sótano (siempre lo hacía) y Mica daría un par de vueltas para terminar en el sótano también (siempre lo hacía). Aun así, era uno de sus juegos favoritos.

Trini se preparó:

-¡Denle, chicos! ¡Yo voy a contar hasta veinte y ustedes se esconden! ¡No vale en la ofi de mamá! ¡Empiezo, eh!

Se apoyó contra la pared de los dibujos de Mica:

-Uno, dos, tres, cuatro...

Rami y Mica empezaron a correr rapidísimo al grito de "¡Soy un velociraptor!" y ambos sin siquiera mirarse fueron directo a

la puerta que daba al sótano atravesando toda la casa.

-¡No corran! -llegó a gritar la mamá con los auriculares prendidos a la compu. Por supuesto, sin ningún resultado: Ramiro y Mica eran auténticos velocirraptores.

-Cinco, seis, siete, ocho... -Trini contaba lo más alto que podía, imaginando que sus hermanos estarían ya por la cocina.

Al llegar a la puerta del sótano, Ramiro tuvo que ponerse en puntitas de pie para llegar al pasador, pero estaba muy alto para él.

-Nueve, diez, once, doce, trece -la voz se escuchaba a lo lejos, casi en un murmullo.

Ramiro volvió a intentarlo, esta vez estirando manos y pies y sacando un poquito la lengua por un costado, como si eso fuera a ayudar. Pero nada... su hermana menor se impacientaba.

-Catorce, quince, dieciséis, diecisiete...

Ramiro lo intentó por última vez. Dando un saltito certero, dio con el pasador y escuchó el click de la puerta que se abrió dejando salir un aire fresco. Ya no escuchaban a Trini.

El flequillo de Mica flameó como un banderín a causa de la brisa que venía de adentro. Se miraron y pensaron sin decirlo: “Es el mejor lugar para esconderse”. Entonces empezaron a bajar.

En el sótano todo estaba diferente a la última vez que lo habían visitado. Es cierto que no bajaban tanto, pero habían ido la suficiente cantidad de veces como para reconocer que la caja de adornos de Navidad estaba abierta, que las cunas en las que dormían Mica y Trini cuando eran bebas se hallaban en otro lugar, que el perchero de disfraces se encontraba tumbado en el piso y que el armario viejo había sido impecablemente acomodado. ¿Quién había estado en el sótano?

Rami y Mica se escondieron adentro de los canastos que habían usado para la mudanza. Estaban llenos de polvo. Mica estornudó. Había algunas telarañas. A Ramiro eso le dio asco. Aun así entraron en un canasto, cada uno riendo de felicidad y de nervios. En el silencio de su escondite escucharon claramente el llamado que esperaban:

-¡Punto y coma, el que no se escondió se embroma! -Trini, sin pensarlo dos veces, se fue directo al sótano.

Al ver la puerta abierta se le dibujó media sonrisa, nunca fallaba su intuición.

Bajó el primer escalón y sintió un aire fresco que le erizó los pelitos de los brazos, pero no se detuvo, quería encontrar a sus hermanos lo antes posible. Siguió bajando y llegó al piso del sótano, prendió la luz y exclamó:

-¡Ey! ¡Tiraron los disfraces al suelo! ¡Cualquiera, che! ¡Tengan cuidado!

-¡Nosotros no tiramos nada, nena! ¡Ya estaba así! -Ramiro no pudo contener su enojo frente a la falsa acusación y Trini no desperdició la oportunidad:

-¡Piedra libre para Ramiro en el canasto!

-¡Ahgr! ¡No vale, nena!

-¿Entonces gané? -preguntó Mica asomando la cabeza.

-¡Piedra libre para Mica en el otro canasto! -cantó Trini victoriosa.

-¡Ay, ufa! ¡Salí yo sola, qué papafrita!

Trini no festejó su victoria. Se había quedado